

Glosas

¿PARA QUE TANTA FARSA?

ME refería el pasado día 25 a las lágrimas que vertía "Euzko Deya" de Buenos Aires--número que me lo remitieron reiteradamente--en el aniversario de la segunda República comentando jubilosa, cómo advino y lamentando quejumbrosa y jeremiana cómo desapareció, "derribada por una conflagración de la minoría enemiga del pueblo" que olvidó en su desagradecimiento--los hay ingratos--"que la República abrió unos cauces por los que podía dirigirse el derecho milenario de nuestro pueblo". Para quienes tantos ditirambos dedicaban a la República, que lo único que abrió fué las puertas de las cárceles para que salieran todos los delincuentes mal avenidos con el derecho y la libertad ajenas, --uno de los cuales, alcañador de oficio, llegaría a ser nada menos que ministro de Justicia-- y tan mal concepto tienen de quienes la derribaron --fué derribada en verdad por todos los que la convirtieron en desorden perpetuo y anarquía insufrible-- les prometía recordarles un comentario que uno de sus conspicuos dedicó a aquel estado de cosas en la primavera de 1936, a aquello que se llamaba República y que no era otra cosa que la vergüenza y el deshonor para un pueblo civilizado.

En aquella triste estación primaveral en que cada día se amontonaban los sucesos desagradables, asaltos, huelgas, perturbaciones, incendios de templos, de periódicos, de centros políticos, lynchamientos, atracos, asesinatos y demás números de aquella variada riqueza criminal de la República, lo que el cinismo de un jerifalte del régimen denominó "cremimiento espiritual", el ministro de la Gobernación, no aludiendo para nada a las diarias e intolerables monstruosidades y como si viviésemos en plena Arcadia, por las noches decía que en España no ocurría novedad. Aunque aquel día hubiesen ardido veinte iglesias y registrado treinta atentados. Por eso, el diputado nacionalista don Manuel Irujo, --que sería ministro en el nada apetitoso caos rojo-- no desconocido para los de "Euzko Deya", en unas impresiones que desde Madrid mandaba a "El Día" de San Sebastián, en el número del 31 de marzo de 1936, decía con el título "Sin novedad en el frente": "Esta es la contestación del ministro de la Gobernación cuando habla del orden público. Recuerda la conocida obra. Que en Madrid, Extremadura, Andalucía, Levante se queman iglesias, conventos, fábricas, almacenes, casinos, casas particulares, Archivos del Juzgado del Registro; que se hace salir desnudas a las religiosas y se las somete al trato que no se da a las mujerzuelas profesionales; que después de deshorrar a las hijas y a las esposas son paseadas en pica las cabezas de sus maridos y padres por oponerse al "regocijo"; que las gentes arriendan hoteles de invierno en pueblos del Bidasoa, en la costa guipuzcoana y en las montañas laburdinas huyendo de la "alegría" de sus tierras; que se asaltan y ocupan fincas por alcaldes, asociaciones o bandas de pistoleros; que se asesina a la guardia civil haciendo "picadillo" de sus restos exánimes... No hay novedad en el frente. Pero, ¿puede vivirse así? ¿Esto es tolerable? El estampido se "masca". L. exige el ambiente. Y no tardando".

¿Cabe mejor descripción de lo que era España bajo la República en 1936? ¿No advertía el diputado "euzko-deyatarra" que el estampido se "mascaba" y ante aquella anarquía por él descrita tan fielmente, no estaba reclamando un Alzamiento Nacional porque aquel caos "no era tolerable" ni se podía vivir así, y el estallido "lo exigía el ambiente" y no tardando? Pues, entonces, ¿para qué tanta farsa y tanta mentira?—SAB.

Glosas

PUESTO QUE EL LO QUIERE....

LOS días que he dedicado mis comentarios a la memoria del Conde de Rodezno, de grata memoria, me han impedido comentar otras cuestiones o temas, alguno de los cuales no quiero dejar pasar por alto. El lector recordará dos artículos que dediqué a "Euzko-Deya" de Buenos Aires, que con tanto hipo recordaba y clamaba por la pérdida de la República, ¡de la liberal República española! en uno de los cuales inserté un párrafo de una crónica de Madrid, publicada el 31 de marzo de 1936 por don Manuel Irujo, la máxima autoridad del nacionalismo euzkadiano, en la que pintaba magistralmente aquel caos de España en aquella sangrienta primavera, diciendo que así no se podía vivir, que el estampido se "mascaba", porque lo exigía el ambiente y no tardando. Pues, bien, cuando el estampido vino, porque el caos fué en aumento, Irujo y sus amigos de Guipúzcoa y Vizcaya se fueron con el caos y con los del caos. Después de aquel lamento justificado y de aquella exposición severa de las monstruosidades que se perpetraban en España bajo el paternal consentimiento del desgobierno del Frente Popular, y de la crítica dura de la censura periodística del diputado por Guipúzcoa, no se veía la consecuencia al aliarse con todos los actores, representantes y "atizadores" de aquella situación caótica, cruel e insufrible.

Conste que me molesta hablar de cosas y de personas que hubiésemos deseado no hubieran caído en la degradación y el suicidio político de aliarse con lo más opuesto y antitético a sus ideas y sentimientos; con los que en el fuero interno los detestaban. Pero, recibí hace días una carta firmada por "Jelkide bat", en la que, después de advertirme que aún dijo cosas más fuertes Irujo y de copiar un párrafo violento pronunciado desde la radio de Barcelona, atacando a los que estaban llenando de cadáveres los alrededores de la Ciudad Condal y anunciándoles que si continuaban así, "perderemos la guerra" —con lo cual me da la razón por la extrañeza de haber ido unidos a aquella compañía a la que fustigaba—, vuelve a hablar de excesos en nuestro campo, que no justificarán jamás la conducta seguida por los amigos de mi comunicante antes de que ocurriera cosa alguna. ¿Qué le pasó a él y a otros muchos como él? Estamos en Navarra y no lo ignoramos, como él debe saber, de la conducta generosa que hubo para ellos, a pesar de las dificultades del momento, aun con la reacción que producían los cadáveres de los voluntarios navarros que sucumbían combatiendo en Guipúzcoa, donde frente a los nuestros luchaban con más coraje que ninguno los "euzcodeyistas". Aquí vivió tranquilamente el hombre más significado del nacionalismo, sin que nadie le molestase. Ya hubiésemos querido que nuestros amigos de Guipúzcoa y de Vizcaya, donde tantos murieron por la violencia, al final de la contienda hubieran salido con molestias si se quiere, pero tan indemnes como en Navarra el que me escribe y sus amigos políticos. Esta es una prueba innegable de la diferencia de conducta, aunque la pasión quiera olvidarla y no ver aquella realidad evidente.

No negaré lo que es verdad, pero acaso no se hubiera producido nada de lo que dice mi anónimo comunicante, si sus amigos, con más reflexión y más cabeza no se hubieran puesto desde el primer momento del lado de quienes ya se consideraban vencidos, como lo hubiesen sido en pocos días. Bastaba con que los "euzcodeyistas", que fueron quienes dieron ánimos y mantuvieron el espíritu, se hubiesen quedado al margen. Como que al huir de San Sebastián, tembloroso y fugitivo el Gobernador del Frente Popular, se hizo cargo del Gobierno civil el diputado Irujo y de la Comisaría de Orden Público su correligionario y también diputado nacionalista Monzón y Martínez... Esto quiere decir de la influencia y de la decisión del euzkadianismo en aquellos momentos. Como que D. Honorio Maura, que estaba veraneando en San Sebastián, en donde fué encarcelado en los días de dominio nacionalista, dirigió una carta a Irujo, con el que había sido diputado, para que se interesara por su libertad, puesto que él nada había hecho. Irujo le contestó con otra dirigida a la cárcel de Ondarreta, en la que le decía que creía en sus palabras, que haría lo que podría, pero que dependía de lo que hicieran los facciosos que en Navarra tenían detenidos a sus cinco hermanos —a los de Irujo— a su madre y a su hija. "Todo lo que tengo en la vida" —agregaba. Bueno; pues, a los veintiocho días —mañana hace diez y seis años— de la carta de Irujo, que llevaba fecha del 6 de agosto de 1936, era fusilado en el fuerte de Guadalupe D. Honorio Maura, juntamente con nuestro inolvidable amigo D. Joaquín Beunza. En cambio, a ninguno de los familiares del diputado nacionalista les pasó nada aquí en Navarra, y todos gozaron después de libertad. Estas fueron las conductas y las diferencias en las mismas. Y no es que esto sea sólo una apreciación nuestra con respecto a la injustificable y reprobable actitud euzkadiana, pero, ¿es que han olvidado la formidable catilinaria que les dedicó su maestro Campión desde la capital de Guipúzcoa, indignado de lo que había visto en San Sebastián hasta su liberación?. — S A B.

Glosas

PUESTO QUE EL LO QUIERE....

LOS días que he dedicado mis comentarios a la memoria del Conde de Rodezno, de grata memoria, me han impedido comentar otras cuestiones o temas, alguno de los cuales no quiero dejar pasar por alto. El lector recordará dos artículos que dediqué a "Euzko-Deya" de Buenos Aires, que con tanto hipo recordaba y clamaba por la pérdida de la República, ¡de la liberal República española! en uno de los cuales inserté un párrafo de una crónica de Madrid, publicada el 31 de marzo de 1936 por don Manuel Irujo, la máxima autoridad del nacionalismo euzkadiano, en la que pintaba magistralmente aquel caos de España en aquella sangrienta primavera, diciendo que así no se podía vivir, que el estampido se "mascaba", porque lo exigía el ambiente y no tardando. Pues, bien, cuando el estampido vino, porque el caos fué en aumento, Irujo y sus amigos de Guipúzcoa y Vizcaya se fueron con el caos y con los del caos. Después de aquel lamento justificado y de aquella exposición severa de las monstruosidades que se perpetraban en España bajo el paternal consentimiento del desgobierno del Frente Popular, y de la crítica dura de la censura periodística del diputado por Guipúzcoa, no se veía la consecuencia al aliarse con todos los actores, representantes y "atizadores" de aquella situación caótica, cruel e insufrible.

Conste que me molesta hablar de cosas y de personas que hubiésemos deseado no hubieran caído en la degradación y el suicidio político de aliarse con lo más opuesto y antitético a sus ideas y sentimientos; con los que en el fuero interno los detestaban. Pero, recibí hace días una carta firmada por "Jelkide bat", en la que, después de advertirme que aún dijo cosas más fuertes Irujo y de copiar un párrafo violento pronunciado desde la radio de Barcelona, atacando a los que estaban llenando de cadáveres los alrededores de la Ciudad Condal y anunciándoles que si continuaban así, "perderemos la guerra" —con lo cual me da la razón por la extrañeza de haber ido unidos a aquella compañía a la que fustigaba—, vuelve a hablar de excesos en nuestro campo, que no justificarán jamás la conducta seguida por los amigos de mi comunicante antes de que ocurriera cosa alguna. ¿Qué le pasó a él y a otros muchos como él? Estamos en Navarra y no lo ignoramos, como él debe saber, de la conducta generosa que hubo para ellos, a pesar de las dificultades del momento, aun con la reacción que producían los cadáveres de los voluntarios navarros que sucumbían combatiendo en Guipúzcoa, donde frente a los nuestros luchaban con más coraje que ninguno los "euzcodeyistas". Aquí vivió tranquilamente el hombre más significado del nacionalismo, sin que nadie le molestase. Ya hubiésemos querido que nuestros amigos de Guipúzcoa y de Vizcaya, donde tantos murieron por la violencia, al final de la contienda hubieran salido con molestias si se quiere, pero tan indemnes como en Navarra el que me escribe y sus amigos políticos. Esta es una prueba innegable de la diferencia de conducta, aunque la pasión quiera olvidarla y no ver aquella realidad evidente.

No negaré lo que es verdad, pero acaso no se hubiera producido nada de lo que dice mi anónimo comunicante, si sus amigos, con más reflexión y más cabeza no se hubieran puesto desde el primer momento del lado de quienes ya se consideraban vencidos, como lo hubiesen sido en pocos días. Bastaba con que los "euzcodeyistas", que fueron quienes dieron ánimos y mantuvieron el espíritu, se hubiesen quedado al margen. Como que al huir de San Sebastián, tembloroso y fugitivo el Gobernador del Frente Popular, se hizo cargo del Gobierno civil el diputado Irujo y de la Comisaría de Orden Público su correligionario y también diputado nacionalista Monzón y Martínez... Esto quiere decir de la influencia y de la decisión del euzkadianismo en aquellos momentos. Como que D. Honorio Maura, que estaba veraneando en San Sebastián, en donde fué encarcelado en los días de dominio nacionalista, dirigió una carta a Irujo, con el que había sido diputado, para que se interesara por su libertad, puesto que él nada había hecho. Irujo le contestó con otra dirigida a la cárcel de Ondarreta, en la que le decía que creía en sus palabras, que haría lo que podría, pero que dependía de lo que hicieran los facciosos que en Navarra tenían detenidos a sus cinco hermanos —a los de Irujo— a su madre y a su hija. "Todo lo que tengo en la vida" —agregaba. Bueno; pues, a los veintiocho días —mañana hace diez y seis años— de la carta de Irujo, que llevaba fecha del 6 de agosto de 1936, era fusilado en el fuerte de Guadalupe D. Honorio Maura, juntamente con nuestro inolvidable amigo D. Joaquín Beunza. En cambio, a ninguno de los familiares del diputado nacionalista les pasó nada aquí en Navarra, y todos gozaron después de libertad. Estas fueron las conductas y las diferencias en las mismas. Y no es que esto sea sólo una apreciación nuestra con respecto a la injustificable y reprobable actitud euzkadiana, pero, ¿es que han olvidado la formidable catilinaria que les dedicó su maestro Campión desde la capital de Guipúzcoa, indignado de lo que había visto en San Sebastián hasta su liberación?. — S A B.